

Dos horas de paseo por la cabeza de

Garay

El ingeniero comercial recibió a “Sábado” y habló sobre su tumor falso, la fuga a Europa, y el viaje en auto que realizó entre París y Brasov acompañado de una mujer rumana. Desde el Anexo Capitán Yáber, donde limpia desperdicios de otros internos y cumple prisión preventiva a la espera de un juicio oral en su contra, dice: “Tengo lepra. Estoy preso”.

POR RODRIGO FLUXÁ Y ARTURO GALARCE



—**Ustedes** que no me conocen de antes, deben pensar que soy un loco.

Rafael Garay Pita entra a una pieza semicircular; muy fría, con unos muebles de madera en la mitad, pensados para que los presos del anexo Capitán Yáber se puedan comunicar con sus abogados. No parece, de mirarlo, un loco: viste casi entero de azul, chaleco, chaqueta, jeans y zapatillas, todo muy cuidado, y, sobre todo, no tiene los ojos desorientados de la última vez que dio una entrevista, si es que se puede llamar eso, a cuando, casi en cadena nacional, le respondió a los periodistas que se empujaban unos a otros en la entrada del departamento donde cumplía arresto domiciliario en Rumania.

—Fue surrealista: no sé cómo nadie no se dio cuenta de que estaba ebrio. Hablé de cualquier huevada. Por eso uno tiende a pensar que estoy loco, pero no —dice mientras abre una caja de Marlboro corriente y pregunta si a alguien le molesta el humo.

—**¿Te da vergüenza ver todas las cosas que hiciste?**

—Más que eso me doy cuenta de que veo un gallo con una inteligencia normal y pienso cómo cresta no me di cuenta, cómo no pedí ayuda cuando fui diagnosticado el 2007 con trastorno límite de personalidad, por qué no seguí el tratamiento. Pero fue porque no confiaba en mi entorno. Para todas las personas con las que me rodeé, yo era el proveedor.

Hoy Garay no provee ni para él mismo. Su trabajo, en estos 17 meses preso, imputado por estafa, a espera del juicio que seguramente perderá porque está confeso, es limpiar lo que dentro de la cárcel se conoce como la “línea de fuego”, un nombre elegante para recoger los papeles con excremento que los presos de los otros módulos tiran por las ventanas hacia abajo. Recordatorio útil: estamos hablando de alguien que entre abril de 2015 y abril de 2016, o sea, hace dos años, se compró seis Mercedes Benz por más de 700 millones de pesos. —Hasta ayer no iba a dar esta entrevista, ¿sabían? —dice Garay.

—**¿Por qué? Si estaba pactada hace más de un mes.**

—Porque estaba anímicamente muy golpeado. Hay temas que me duelen.

Garay entonces consultó con su pa-

reja, a la que dejó embarazada antes de su improbable huida, madre de su único hijo, que nació estando preso.

—Y decidí contar todo, hacer una catarsis.

—**¿Sin mentiras?**

—Sin mentiras, vomitar todo.

Falla de origen

De la pericia psicológica de Rafael Garay:

“A la base del sujeto estable y seguro de sí mismo se encontraría un núcleo descolorizado, escasamente integrado e inestable, pero que sin embargo, aquello no era fácilmente pesquizable, toda vez que, sus esfuerzos se orientaban a mostrarse como alguien adaptado frente a los demás. No obstante, a momentos dicha fachada fallaría, mostrando su verdadera identidad: “se puso a llorar y me dijo que me iba a defraudar ya que él no era la persona que yo creía”. (Iván Niñez Wóchik). Dando cuenta de ausencia de una identidad consistente y continua, sino más bien contradictoria y propensa a cambios repentinos.”

La personalidad y modos de actuar de Rafael Garay han sido argumento durante el desarrollo de su caso. No solo para sus cercanos y víctimas, ni para los numerosos programas de televisión que a través de especialistas han intentado diagnosticarlo. Sino también para la justicia: el lunes de esta semana, en su cuarto intento por conseguir el arresto domiciliario mientras espera el juicio oral en su contra, la magistrada María Fernanda Sierra fue categórica antes de rechazar la petición: “Uno de los grandes temas que tenemos con usted es su grado narcisista. No me convence para nada que él no sea un peligro para la seguridad de la sociedad”.

Garay, tras el segundo cigarro, dice: —Se han dicho tantas mentiras.

—**Empecemos por el principio: ¿Vivías en una especie de mansión con cancha de tenis en Concepción, como se ha descrito? Curioso que alguien sin tantas aperturas económicas desarrollara tanto apego al dinero.**

—En términos prácticos, mi papá tuvo mucho dinero, pero cuando yo tenía como 8 años, se arruinó, y lo único que quedó de manera invendible era esa casa grande que tenía una cancha de tenis que se empezó a subdividir. Se vendió la cancha y la casa que era bonita terminó confinada a un espacio que ya no era para la casa. Mi papá tenía un

desastre el 2007 por las deudas que había adquirido. Me tuve que hacer cargo yo, fue un desgaste emocional alto. Yo no tengo buena relación con mi familia, pero no quiero ahondar en eso.

-Es para entender cómo fuiste capaz de hacer las cosas que hiciste.

-Todo lo que es relacionado a plata, al éxito, a lo que yo le di tanta importancia, no tiene ninguna una ahora. Me sané de algo que es súper difícil de entender. El trastorno de límite es un trastorno de personalidad en las relaciones interpersonales, la autoimagen y la afectividad, básicamente porque no tienes pilares afectivos. Crecí en un hogar violento. La única forma que me inculcó mi padre era que el éxito se medía por una cuestión monetaria. Pero eso va en la base del trastorno, que tiene dos pilares. Uno: sentimiento crónico de vacío que no se llena con nada. Tú crees que lo llenaste con consumo, porque te compraste dos pantalones, pero después te compras diez y te sientes más vacío. Es una cosa muy destructiva, pero por otro lado hay una sensación permanente de abandono. Yo he leído algo de literatura al respecto y lo he conversado con el psicólogo del penal: entender que la sensación de abandono puede ser real, como puede ser, digamos, supuesta, creada, generada por uno mismo.

-¿Como una falla de origen?

-Sí. Yo no llegué a ser un niño buen alumno, retraído, porque un día a los 11 años dije: "Voy a ser así". Era retraído porque tenía un papá agresivo y golpador con mi madre. Entonces, te formas de esa manera. Y la forma de salirte de la línea de fuego es tener buenas notas y portarte bien. Es una cosa de supervivencia.

-En esa época era más habitual encontrar hogares como ese, ¿no?

-No, yo iba a casas de amigos donde me sentía acogido por las mamás. Esa sensación de hogar calentito que yo tuve esos nueve días fuera con mi hijo en brazos cuando llegué a Chile. Recién ahora logré armar mi núcleo.

-Dices que ya no le das importancia a lo material, pero hasta hace muy poco eso no era así. Tenías ciertas ganas de aspiración, te fuiste a vivir a La Dehesa, tenías unos autos carísimos.



Rafael Garay dice haber llegado a gastar hasta 25 millones de pesos al mes. En la foto, en una audiencia en Chile tras su extradición.

HECTOR ARAVENA

-Pero el departamento, el espacio físico me da lo mismo. Teniendo plata siempre viví en 60 metros cuadrados. No va por ahí. Pero sí, los autos siempre me han encantado. Siempre tenía autos rápidos. Y si no los podía comprar, igual los probaba. Cuando tú estás tan vacío la sensación de comprarte un auto te duró hasta que saliste, lo estacionaste y se te olvidó. Porque tu problema es mucho mayor.

-Tus visitas a locales nocturnos, las mujeres, ¿también era para tapar esos vacíos?

-Sí. Pero no era conversar con dos o tres personas, era con 15. Yo llegué a sacar a la gente que atendía en la barra, a sentar a los guardias, imagínate lo solo que me tengo que haber sentido. Porque al final del día, y a pesar de que muchas mujeres han declarado, en realidad no me iba con ni una. No era lo que iba a buscar. Lo que iba a buscar era socializar. Ir a pagar por socializar.

-¿Desde cuándo la plata fue un tema?

-Por la personalidad de mi papá, desde antes que naciera. He tenido muchos problemas al comienzo de la universidad a nivel estomacal, úlceras duodenales y básicamente eran por niveles de tensión que tenía desde la niñez. De hecho, era un niño que entre los 8 y los 12 años tenía severos problemas de colon. ¿Cómo se explica algo así?

-¿En qué desembocó eso?

-En tomar. A los 16 años en un cumpleaños de un compañero empezaron a hacer un juego con una botella en el que tiras una moneda y da el bote, creo que se llama John Wayne. Cuando cae tú decides quién se toma un trago. Uno dijo que me tomara todo. Quedé inconsciente. En cuarto medio comencé a tomar sistemáticamente viernes y sábado. Tenía dos episodios de inconsciencia a la semana.

-En esa época, ¿ya mentías?

-No. Y probablemente vamos a llegar a muchas cosas que se han dicho como que son fantasías, pero en realidad tengo como demostrarlas. En esa época casi no hablaba. Siempre quedaba tan ebrio que a la chica que me gustaba no le podía ni hablar.

-Suenan un poco a una épica inventada. Cuesta relacionar esa historia con tu comportamiento en público.

-Yo construí una imagen después. Producto del mismo carrete de medios, pero la estructura central de personalidad es más bien retraído. O sea, yo soy un tipo que iba a una discoteca y no sacaba a bailar a una mujer porque era súper tímido. Esta imagen que muchos tienen, de un tipo muy seguro, es un constructo. El problema es que esa diferencia te va a haciendo pedazos.

El "economista"

De la pericia psicológica de Rafael Garay:

"Si bien poseería adecuadas habilidades sociales, estas solo serían a nivel superficial, exhibiendo rasgos histriónicos y de manejo escénico en las diferentes charlas y notas de prensa que habría otorgado. No obstante, se desconoce en detalle los tipos de vínculos interpersonales establecidos por Garay Pita (...) Ausencia de vínculos significativos duraderos en el tiempo y que hayan formado parte de su vida (...) La descripción antes detallada sería congruente con los criterios establecidos para el Trastorno de Personalidad Límite".

Fue el año 2008. Rafael Garay cuenta que se acercó Mario Velásquez, periodista de Chilevisión, en los pasillos de la Universidad Central, donde era vicerrector. Cuando lo tuvo enfrente, le dijo que las estimaciones de los economistas sobre la tasa de interés del Banco Central estaban equivocadas, entregándole su propio cálculo. Según Garay, el periodista le respondió con un desafío: si estaba en lo cierto, al otro día debía presentarse en Chilevisión para

ser entrevistado por Macarena Pizarro y Fernando Paulsen.

-Y así fue -dice Rafael Garay, aspirando casi la colilla de un cigarro-. Hice un móvil y me expliqué en términos sencillos, como cualquiera que tiene ocho años de experiencia académica.

Garay transitó por programas, despachos de noticieros y en su propio programa en radio El Conquistador. Durante años incrementó su credibilidad amparado bajo el grado de economista de la Universidad de Lleida, España, que nunca precisó demasiado: efectivamente cursó en el IEDE Business School el doctorado en Economía y Negocios Internacionales, cuyo programa pertenece a la universidad española, pero no se presentó para el examen final del Diploma de Estudios Avanzados. Por lo mismo, ni siquiera pudo iniciar su tesis doctoral.

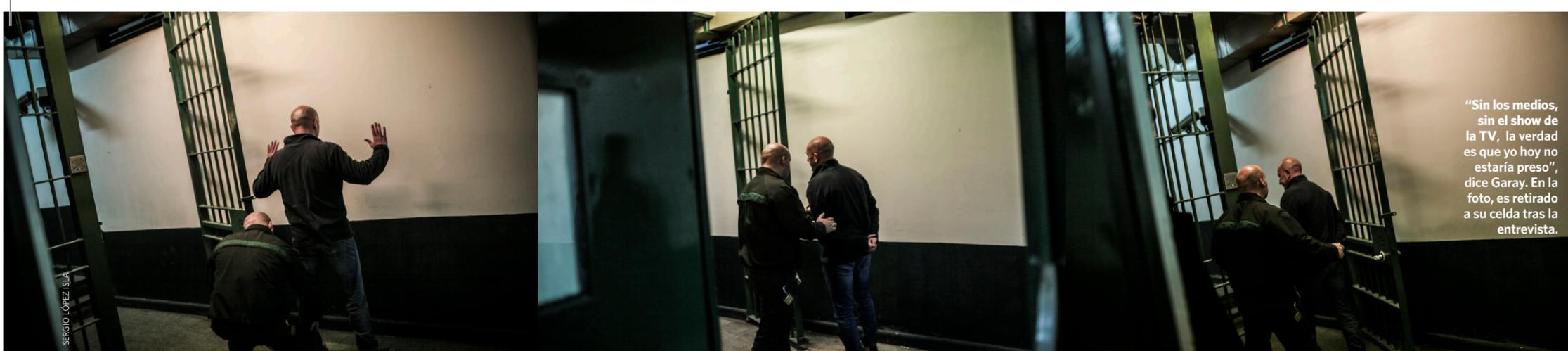
-¿Por qué cuando te llamaban economista no corregías?

-Cuando di la primera entrevista, me preguntaron: "¿Qué le ponemos en el gc?". Yo dije: "Soy ingeniero comercial, magíster en administración de empresas y doctorando, que significa alumno de doctorado". "No, no se puede poner eso, es muy largo". "Bueno, pongan lo que quieran: analista, comentarista, da lo mismo, si voy a explicar una cuestión que es muy sencilla". Y eso se empezó a instalar, pero siempre sostuve públicamente que era ingeniero comercial.

-Pero no corregías.

-¿Sabes? No le daba la importancia. De cualquier manera estoy hiper calificado para hablar de los temas que hablé. No solamente por lo que estudié de manera formal, sino por las horas que yo le dedicaba al análisis y al estudio. En diez años jamás recibí una crítica técnica. Mis estimaciones eran precisas. Llegué a tener mejores estimaciones que las del Banco Central.

Ese mismo año, el de su ingreso a los medios, Garay fundó su empresa de asesorías e inversiones Think&Co. La oferta era tentadora: rentabilidad del 18% anual, muy por sobre el promedio de la banca nacional, y exenta de impuestos. Si bien Rafael Garay seleccionaba con pinzas a sus clientes, como a su amigo el periodista Iván Núñez, también se encargó de persuadirlos al final de sus charlas, a través de Twitter



“Sin los medios, sin el show de la TV, la verdad es que yo hoy no estaría preso”, dice Garay. En la foto, es retirado a su celda tras la entrevista.

o Facebook, o según la declaración de los de sus víctimas: durante un vuelo a Cuba o mientras trasladaba a un funeral.

Para varios de sus clientes la alerta llegó cuando Garay ya tenía las manos sobre sus billeteras: Think& Co era una estafa. Así lo demostró en 2016 la Brigada Investigadora de Delitos Económicos, al dilucidar que Garay utilizó las inversiones para cubrir gastos personales o para pagar a sus clientes las supuestas ganancias que generaba. Sin registrar movimientos desde 2011, también utilizó fondos defraudados para financiar parte de su campaña senatorial en 2013.

-En tus apariciones televisivas eras muy crítico de las estafas de este tipo. Decías que pretendías ayudar a la gente, pero terminaste haciendo lo mismo que criticabas.

—Es que yo pensé que no me iba a pasar nunca. Yo bicicleté al final, porque me quedé sin ingresos. Esos años fueron un desastre no solamente porque estuve en un psiquiátrico: me había quedado sin ingresos. Pero hasta antes de eso, los ingresos que más generaba la compañía eran las utilidades. Si yo no me hubiese tomado ese dinero, que es lo que literalmente hice, ese 18% estaba completamente cubierto. Pero me gasté las utilidades. Y parte del capital. Hoy se me imputan 1.240 millones, pero yo me gasté más de 2.000 millones. ¿De dónde saqué el resto?

-Pero ¿cómo generabas utilidades con un capital que no registraba movimientos desde 2011?

—La empresa no era solamente invertir. La empresa tenía asesorías, contratos con directorios, conferencias que yo dictaba, consultorías, por lo tanto tenía una matriz de ingresos que era relevante.

-Entonces, los ingresos los generaban actividades tuyas. No era el

capital. ¿Por qué lo aceptabas?

—El capital lo dejé inmobilizado y no lo usé. Derechamente, de lata. No quería perder tiempo en otras cosas mientras el capital estaba y las utilidades se generaban.

-¿Por qué necesitabas el capital de otra gente si el que generaba eras tú con las charlas, asesorías? ¿Para qué tener ese capital?

—Desde el punto de vista de mis ingresos personales, no los necesitaba. Pero cuando llegué a esta etapa crítica dije: “Bueno, voy a tomar un poco prestado y voy a gastar, y después me voy a recuperar”. Y resulta que cada vez fue peor, cada vez gastaba más. A comienzos de 2016, podría haber dado vuelta los resultados, pero no podía. No podía porque yo no podía. Si tú *tenés* un gallo que está alcoholizado, que no quiere vivir; sencillamente no se puede.

-¿Tú crees que te aprovechaste de la codicia de la gente?

—Eso es como decir que es válido violar a una mujer porque lleva una falda corta. Un inversionista tiene derecho a buscar las mejores ganancias. Entorno al 18% nominal al año, son ganancias prácticamente imposibles. Eso significa estar rentando en un mes entre 0,79. Eso es posible. Pero no lo hice porque fui negligente, fui un imbécil.

-¿Aceptaste plata sabiendo que no la ibas a devolver?

—No. Siempre pensé que iba a ser capaz de devolverla. Ojo, yo voy a ser condenado porque yo cometí un error. Eso se llama estafa por el código penal.

-¿Te sientes un estafador?

—No. Lo que pasa es que estafador es el que vive haciendo estafas. Yo me mandé una cagada, que se llama estafa, por lo tanto estafé. Pero no he tenido esa conducta antes ni la voy a tener después.

-Cuesta creerlo cuando fuiste ca-

paz de estafar a Iván Núñez, un tipo que estaba dispuesto a visitarte en París solo para acompañarte en el tratamiento del supuesto cáncer.

—Es una cuestión que me duele. Leo la carpeta y digo: “Cómo fui tan imbécil”. Voy a hacer el máximo esfuerzo en arreglar el desastre que afortunadamente sigue siendo dinero, pero hay otras cosas que no puedo arreglar: no puedo arreglar lo de Iván. Fui un prepotente, alcoholico, pero también alcoholizado del éxito absurdo de la televisión, que son puras hue... .

-Cuando estabas en Rumania enviaste una carta aclarando varios puntos de lo que se decía de ti en Chile. Ahí eras particularmente duro con Núñez, haciendo público un supuesto romance suyo con la mujer de un futbolista en Italia.

—Esa carta yo la escribí en estado de ebriedad. Y en la carta además dice puras hue... .

-¿Pero fueron cosas que pasaron?

—Desconozco el contenido de esa carta. No tiene ninguna validez. Iván es una buena persona. Yo sé que él me tiene que odiar. No entendería una reacción distinta. Creo que es súper humano que me odie ahora y el resto de mi vida.

-¿Lo consideras un amigo?

—Iván Núñez es uno de los mejores tipos que conozco. Y está bien: 34 millones de pesos, lo que tú *querái*, pero ahí mi pecado es mucho más grande. La plata, trabajando, yo la podría conseguir; pero lo que no voy a reparar nunca es haber perdido a uno de los mejores amigos que tenía y a un gran tipo.

Entonces Rafael Garay lleva la conversación hacia lo que ocurre en su celda, donde dice mantener su relación con los números, un talento según él poco valorado por el resto de los espe-

cialistas, porque no es de Harvard, porque no es de Chicago, porque, básicamente, no pertenece a la élite. Mirando fijo, acumulando cenizas alrededor de sus zapatillas para montaña, Rafael Garay parece intentar recuperar por un instante su cetro imaginario:

—Para 2018 estimo un crecimiento entre 4,2 y 4,7%—dice Garay, revelando las proyecciones que mide con una regla y una calculadora durante sus horas de encierro—. Lo digo hoy, que el FMI está diciendo que vamos a crecer 3,4. Cuando el próximo año salga la cifra y digamos: “Chucha, crecimos 4,5 y el único que lo dijo a tiempo fue Garay”, ¿qué van a decir? ¿qué no tenía competencia técnica?

Un auto y una rumana

De la pericia psicológica de Rafael Garay:

“Los reportes de ideación suicida orientarían acerca de una escasa tolerancia a la frustración al mismo tiempo que a la oscilación de elementos disfóricos tales como desagrado, insatisfacción, inquietud, irritabilidad, ansiedad y tristeza que lo habrían aquejado, lo que se veía aumentado por medio del consumo problemático de alcohol”.

La idea, dice Rafael Garay, era suicidarse lejos de su pareja, preocupada por las constantes ideas suicidas que Garay le transmitía. No era novedad: según él, intentó concretarlo tres veces. La primera, el año 2011.

—Mi mejor amigo se ahorcó el 11 de marzo de 2011. Maximiliano Paul. Eso me liquidó. Fuimos amigos durante 10 años. En abril me intenté quitar la vida con el gas de la cocina más clonazepam. Sellé con tape los bordes de la puerta, lo dejé hermético. Una vecina se dio cuenta.

Y en junio de 2016, justo después de comunicar en su Facebook la presencia de un glioblastoma en su cerebro, un

tumor por el que renunciaría a sus actividades laborales, dice, se inyectó 15 ampollas de insulina.

-¿Cómo descubriste que la insulina podía matarte?

—Lo vi por internet. Que si uno se pone cierta cantidad te produce un *shock* hipoglucémico. Con eso supuestamente estaba listo. Y desperté en mi departamento en La Dehesa. Yo estaba muerto ese día, o eso es lo que creía, o eso es lo que quería.

-¿Quién te fue a ver ese día?

—Iván Núñez. Me pidió que diera hasta la cuña para Chilevisión, donde creo que hablé puras tonteras. Yo no sé cómo nadie se dio cuenta: se me pegaba el traje mojado porque estaba con toda la reacción de la insulina. Me temblaban las manos.

Tiempo después, con violines y pianos de fondo, Rafael Garay dio una entrevista a Canal 13 en la que aproximó la mentira de su tumor a límites extraordinarios: dijo que el más probable origen de su enfermedad ocurrió al exponerse a la radiación en la central nuclear de Fukushima, en Japón, cuando viajó a rescatar a dos amigos luego del terremoto de 2011.

-¿Estabas sobrio cuando diste esa entrevista?

—Sí, pero venía de ingesta alcohólica. ¿Sabes lo que pasa? Estaba viviendo en una pesadilla. Hay una frase que yo escuché en la cárcel que me hizo mucho sentido y la puedes poner textual: “Es mejor un final de espanto que un espanto sin final”. Yo tengo una obsesión con el alcohol. Era capaz de tomarme por lo menos las nueve botellas de vodka a la semana. Hay episodios vergonzosos... .

Rafael Garay hace una pausa. Clava la mirada en el suelo por unos segundos. Luego continúa:

—Llegué a tomarme una botella de

Listerine en abstinencia alcohólica. Varias veces. Cuando vivía en Bellavista o en La Dehesa. Porque ya no tenía alcohol y era un domingo a las seis, siete de la mañana y ¿qué tomaba? Listerine. Me llegué a tomar una botella de aceto balsámico para poder incorporar alcohol al sistema. Llegué a pedir que me inyectaran suero para poder seguir tomando y no deshidratarme.

-¿Nadie en tu entorno se percataba de tu estado? ¿Ni tu pareja, amigos, ni tus compañeros del kudo?

—Nadie veía el problema estructural. Y me voy a definir así: cuando uno es adicto, uno aprende a mentir; a proteger sus instancias de consumo. Había muchas veces que yo daba una entrevista en vivo, súper exitosa en televisión a medianoche, pero yo no me iba para la casa. Me iba a tomar y llamaba a mis amigos. Y uno dice, ¿cómo gastaba tanto? Bueno, muy sencillo, si tú eres el tipo que pone las lucas, sales con diez amigos, y cuesta 50 lucas un trago, y haces una ronda con diez amigos, son 500 lucas.

-¿Con cuánto dinero vivías en esa época?

—Yo no tenía mucho gasto fijo, por razones obvias, pero si revisas la carpeta, fácilmente hay meses en los que me puedo haber gastado 25 palos.

-¿No te preocupaba por esos años que la prensa sospechara e investigara tu historia?

—Es que si me iba a suicidar no me preocupaba mucho de la consecuencia posterior. Cuando salí de Chile, salí con la idea de quitarme la vida el 27 de septiembre.

Ese día fue 4 de septiembre de 2016. Rafael Garay tomó un avión con dirección a Tailandia con 50 mil euros en el bolsillo, para iniciar lo que hoy califica como un “tour de despedida”. Los primeros cinco días lo pasó



Con Tarjeta Scottabank Cencosud prepárate para la aventura.

30% DCTO.

INIO .CL

En todos los productos Upipi



Pide tu Tarjeta en

Desde ahora disfrútalo tus puntos en Linio.cl

30% de descuento en todos los productos Upipi sólo en www.inio.cl. Válido desde el 1 al 30 de junio del 2016, para todos los asociados y socios colaboradores con tarjeta Scottabank Cencosud Visa y Mastercard emitidas por Cencosud Financiera de Chile S.A. Sin límite de descuentos. Descuentos aplicables al momento de la compra. No acumulable con otras promociones y ofertas. No incluye productos fuera de los departamentos. No incluye impuestos, descuentos y descuentos por múltiples compras. El presente Folleto General describe los términos y condiciones de uso de la tarjeta. La información de actualización de precios aplica desde el 2016 en todos los productos emitidos por Scottabank Cencosud. Este es un servicio que permite a los asociados y socios colaboradores de Scottabank Cencosud tener los puntos del grupo Cencosud en Chile, Argentina, Brasil, España, México, Perú, Uruguay y Colombia en un solo lugar. Para más información contacta al servicio al cliente en Chile al 2424 o en los demás países al número de teléfono que aparece en el presente Folleto. Este servicio está sujeto a los términos y condiciones de uso de la tarjeta en el momento de su emisión.



Antes de ser detenido en Rumania, Rafael Garay dice haber pasado todo el mes de octubre al interior de un bar. En la cárcel, agrega, le recomendaron golpear a otro reo para ganarse el respeto.

REUTERS

en Bangkok, dedicando su tiempo a recorrer calles y templos.

—Quería sentir antes de la tormenta que puede significar pasar el límite moral de suicidarse, porque aunque no me haya funcionado yo pasé un límite moral, un límite ético respecto a mí mismo, respecto a mi cuerpo, y es una cuestión que no tiene mucha vuelta atrás en el corto plazo.

La siguiente parada de su “tour de despedida”, cuenta Garay, fue París. Meses antes había estado en la misma ciudad con la excusa de seguir su tratamiento contra el cáncer en el hospital Gustave Roussy.

—Ese primer viaje fue para descomprimir —dice Rafael Garay, pisoteando las colillas que se amontonan a sus pies—. Me fui a tomar, a hacerme pedazos en París, donde estaba esta mujer rumana de la que no quiero ni hablar.

—¿Marya Runcan?

—Sí.

—¿Cómo se conocieron?

—No hablaría mucho de eso. Pero para ser bien precisos la primera vez que hablé con ella fue en julio de 2016, en el primer viaje a Francia. Antes la había visto, pero no había hablado con ella.

—¿Pero no fue tu pareja?

—Yo sé que se ha dicho eso. Hasta yo lo dije. Pero el tema es el siguiente: yo a ella la había visto en un club en Japón. Y nunca más la vi. Y después me conseguí el teléfono, y por Whatsapp le dije que iba a estar en París algunos días. Ella tenía un matrimonio en Italia, así que le coincidía. Le dije juntémonos unos días. Así partió.

—¿Qué hiciste en París?

—Los primeros días estuve solo, donde creo que aplané Campos Eliseos, un lugar que siempre me ha gustado. Cada vez que iba me tiraba en el parque, sin hacer nada, con una botella de agua,

relajado. Después, un rumano amigo de Marya nos consiguió un auto. El tipo necesitaba unas lucas. Rumania es un país de mierda. Le ofrecimos unas lucas y nos rotamos manejando todo el día.

—Suena descabellado. ¿Por qué se fueron de París a Rumania en auto?

—Podría haber tomado un avión, pero todo está mal pensado porque no hay plan. O sea, daba lo mismo si era en auto, en avión, en bus, en tren. Mi plan era matarme el 27, fijo. Nos fuimos de Francia a Alemania, luego Austria, Hungría y Rumania.

—¿Paraban en el camino?

—No me quiero reír —dice Garay, riéndose—. Pero pasó una desgracia. Paramos en una bencinera en Alemania. Subimos al auto y la mierda no partía. Se había perforado el radiador. Tuvimos que seguir el viaje parando cada cien kilómetros, destapar con un paño y volver a echar agua. Llevábamos el auto lleno de botellas de plástico con agua. Lo más rasca del mundo. Es el único recuerdo que me da un poco de risa. El resto todo me da pena.

—La idea era llegar a Rumania ¿para qué?

—La idea de estar en Rumania era para que no me encont..., para que mi pareja no encontrara mi cadáver acá, porque ella ya tenía guata visible de su embarazo, y bueno, no quería, nomás.

—¿Qué pasó finalmente el 27 de septiembre?

—El día del suicidio esta mujer rumana salió. Yo calculé y empecé a llenar las jeringas de morfina pero resulta que se devolvió y me pilló con las hue... completas.

—¿Y qué te dijo?

—“¿Qué *estai* haciendo!”. Yo le respondí que no estaba enfermo, que me iba a suicidar.

—¿Y eso fue lo que te detuvo?

—Eso fue. El forcejeo de botar las jeringas al suelo, la amenaza de ella de inyectarse.

—¿Inyectarse?

—Sí.

—¿Estaba enamorada de tí?

—Yo creo que ella pensó en algún momento, producto de la imagen que yo mismo generaba, no solamente acá...

—¿Pensó que eras millonario?

—Yo creo que ella pensó en un beneficio económico. Porque si hay algo de las experiencias duras, una de las peores hue... fue el arresto domiciliario en Rumania. Ahí sí que me quería suicidar. Me hizo la vida imposible. Por la plata. Eso me llevó a tener que desalojarla con la policía.

Cuatro días antes del supuesto intento de suicidio, Interpol Chile estableció una alerta roja en contra de Garay. Luego se dictó una orden de detención para su posterior extradición.

—Estuve todo octubre metido en un bar con sujetos que no sé qué chu... hablaban, pero ahí estaba, tomando de la botella, obviamente invitándolos a todos —dice Rafael Garay—. Hasta que me encontré con la policía rumana en un café y me dijeron: “¿Usted sabía que hay una alerta roja en su contra?”.

—¿Cómo era la cárcel donde te llevaron?

—24 horas con la luz prendida, 23 horas de encierro en celda, con letrina y comedor. Me hice muy amigo de un compañero de celda que estaba imputado por narcotráfico y crimen organizado internacional y otro que estaba por robo con secuestro.

—¿Ahí no sentiste miedo?

—No. En general yo creo que en una situación límite sea cuál sea yo creo que estoy en una posición de defender mi integridad física.

—¿Peleaste en la cárcel?

—Tuve un solo episodio. En la celda nos trataban de juntar por lo menos los que hablaran inglés. Un día llegó un inglés que había estado diez años en correccionales y cárceles federales en Estados Unidos por tráfico de cocaína. Él me dijo: “Esta cárcel es dura, tienes que hacerte un nombre. Trata de reducir a otro reo”. En esa cárcel me agarró la abstinencia alcohólica. Tuve 21 días de colitis, me pegaba cabezazos contra la puerta metálica todo el día. No podía

dormir, tenía pesadillas, me temblaban las manos. Esa abstinencia que duró como 60 días, y me limpió.

—¿No pensaste en suicidarte en la cárcel? Da la impresión que siempre buscabas excusas para posponerlo.

—No. En el comienzo hacía planes, de cómo me podía colgar. Pero a medida que me fui limpiando, fue pasando.

—No queda claro: no pudiste suicidarte en Chile porque no te dejaban solo. Luego te interrumpen a segundos de concretarlo en Rumania. Y cuando finalmente te quedaste solo, ¿por qué no lo hiciste?

—No lo sé. Fue un periodo complejo. Tuve que romper las ampollas. Me quedé sin la... Es muy del ególatra: me quedé sin la decisión de última instancia. Al final, yo mando. Y después de eso me quedé solo, mucho alcoholismo. Me perdí.

—Queda dando vueltas: ¿por qué tu suicidio tenía que ser exactamente el 27 de septiembre?

—Por una razón muy práctica: porque yo arrendé por estos sistemas tipo Airbnb desde el 13 hasta el 27 de septiembre en Brasov. Y como se acababa ese día, me parecía que era un buen momento para ponerle fin a todo.

Lepra

—Estoy yo rodeado por un equipo táctico de la policía rumana con pasamontañas...

Rafael Garay dice tener casi 300 páginas escritas a mano, entre 12 y 14 palabras por línea, 36 líneas por hoja, con la historia de su vida, que, se supone, tendrán que terminar en un libro que editará al salir de la cárcel. Se niega a contar el título, pero sí dice cómo comienza.

—...Sintiéndome un terrorista internacional, porque no me sentía menos que eso, con el contexto del aeropuerto paralizado, periodistas que se caían, era un caos, y mi primera pregunta escrita: ¿Cómo chu... llegué aquí? ¿Cómo llegué a esto? Y ahí empiezo a reconstruir para atrás la historia.

Si el libro fuera cronológico, tras eso vendría el vuelo en avión, el aterrizaje en Santiago y su entrada al encierro.

—Yo me sentía el peor delincuente. Y venía muy afectado psicológicamente. Tanto que hablé con el comandante y

le dije: “Mándeme a la máxima, enciérrame en una celda unos diez años”. Son palabras textuales.

—¿Eso por vergüenza social?

—Por culpa. Me sentía poca cosa. Que había dejado la cagá más grande del mundo. Quería reparar. Que merecía sufrir las penas del infierno. La culpa te come. La culpa me ha comido. Si he perdido peso ha sido por culpa, no porque esté haciendo dieta.

—Pero tú defensa hoy pelea por sacarte cuanto antes y obtener la menor pena posible en el juicio. No los diez años que estabas dispuesto a pasar...

—Yo lo que pido es un trato justo. Sin los medios, sin el show de la TV, la verdad es que yo hoy no estaría preso. Gente que ha defraudado más dinero que yo, no ha estado todos estos meses con prisión preventiva. Han querido hacer conmigo un caso emblemático.

—Sus estafados piden una condena con más años de pena efectiva.

—Ellos están en su derecho.

—¿Harías lo mismo en el caso de ellos?

—Sí y no. Sí, si hubiese sido el de antes; no, el de ahora.

El de ahora, también se supone, está ideando un plan para generar recursos apenas salga y así pagar las deudas.

—Yo creo que las personas a las que afecté en lo patrimonial merecen un perdón (...). Pero no es suficiente, porque el perdón mediático es como el perdón de Vidal: deja la cagá, pide perdón, se manda otra, no importa. El perdón, si es que lo logro obtener, porque lo voy a pedir, tiene que ser mirando a cada una de esas personas a los ojos, explicarles lo que me pasó y cómo pretendo agregarlo.

—Uno te escucha hablar así y cuesta creer; contrasta con la imagen pública tuya, de que eres un sinvergüenza descarado.

—Lo que pasa es que la imagen pública no la puedo revertir.

—¿Pero tienes ofertas de

trabajo?

—Tengo buenas. Otras ofertas de que haga pegas particulares. Pero no quiero hablar: la última vez que se supo algo el tipo salió en la portada de *La Segunda* y lo hicieron pedazos. A mí lo que me gustaba era hacer clases, como en las universidades. Son actividades a las que no voy a volver. Esa es la realidad. Lo tengo que asumir.

—¿Extrañas algo de tu vida anterior?

—Nada. Yo sobrevivía en un entorno que consideraba hostil, donde tenía que hacer lo que tenía que hacer y eso me reportaba ciertos réditos, pero todo lo que yo hice antes en mi vida estuvo equivocado. La forma en la que viví entre 2000 y 2016 es una basura de vida.

—Suena como el discurso tipo de los presos que se vuelcan a la religión.

—Voy a dar una opinión muy personal: hay muchos que en la privación de libertad se encarnan. El “encarpado” es el que se protege con la religión. He visto mucho de esos casos, que van a salir a hacer cosas muchos peores que las que hicieron. Porque no tienen la fortuna que yo he tenido: el conchazo fuerte. El despertar. Si me dijeran que tenía que pasar esto antes para poder llegar a dónde estoy hoy día: ¿dónde firmo?

—¿Pasarías toda la vergüenza, el desprestigio, el daño que le hiciste a otros?

—Absolutamente. Porque era la única forma. Al final del día yo tenía tres opciones: el psiquiátrico, la cárcel o la morgue.

—Fuiste candidato apoyado por un candidato presidencial. Estuviste en la casa de muchas figuras de TV. Pero les preguntas hoy y nadie parece haberte conocido.

—Tengo lepra. Tengo lepra. Estoy preso.

—¿Tú crees que cuando se termine esto vas a poder caminar tranquilo en la calle?

—Si alguien pretende que me voy a ir a la casa y al día siguiente

voy a estar en un café, eso no va a pasar nunca. Yo creo que en el comienzo voy a enfrentar harta hostilidad. Pero quizá quiero creer que cuando tratas de arreglarlo, también la misma gente que te juzga debiera decir: mira, de los que han sido condenados por delitos económicos, ninguno ha hecho nada de esto.

Diez cigarros en el piso.

—Es liberador hablar todo.

—Una última duda. Dijiste que habías tenido un incidente cárcel en Rumania, pero no dijiste exactamente qué pasó.

—Ah —exclama Garay—. Siguiendo los consejos de mis compañeros de celda, en un pasillo, en un traslado de internos choqué intencionalmente a otro interno, a uno más débil. Estaba despedido y lo asfixié, en el fondo, para demostrar que tenía cierta capacidad de hacer daño físico, para advertirle al resto, lo que me costó que me sacaran de la celda y me llevaran a hablar con el alcaide. Él ya había buscado mis videos en internet, por lo tanto ya sabía que peleaba, entonces me preguntó si iba a tener problemas conmigo y le dije que no.

De la pericia psicológica de Rafael Garay:

“Podría tener comprometida otra función psíquica relevante para el correcto desenvolvimiento vital: el sentido de realidad. Presentaría dificultades para captar tanto el sentido de sí mismo como el del entorno, como así también de proyectar con coherencia y armonía su propia existencia”.

Entra el gendarme para espasmar de nuevo a Garay.

—Yo no los conozco a ustedes, no sé si nos volveremos a encontrar una vez más en la vida, pero esto me permite mostrarle con sinceridad lo que realmente me pasó. Y eso me permite vomitar. Sacar y decir: estos son los hechos.

—Perdón por la insistencia: ¿todo esto pasó realmente? ¿No hay nada inventado?

Rafael Garay dice antes de perderse por los pasillos de la cárcel: —Cien por ciento verdad. S

TURISMO UNIVERSAL



SONATA DE OTOÑO

Viajar en otoño es cambiar la paleta de colores. Es crujir de hojas bajo los pies. Es brisa fría que reconforta.

Presentamos tres travesías Princesas Cruises, y excursiones por tierra, por el otoño del norte de Estados Unidos y Canadá.



Sorpréndese con más detalles, este 17 de junio, en brochura junto a revista Domingo


PRINCESS CRUISES
come back new

INFORMACIÓN Y RESERVAS

